

Sí, tenemos que reconocerlo, los jesuitas eran profesores, prosistas, poetas latinos y griegos, elegantes y fecundos; mas séanos permitido hacer constar que su superioridad era debida, no solamente al conocimiento que tenían de los clásicos paganos, sí que también al hecho de que los estudios subsiguientes les obligaban á familiarizarse con la lengua latina y griega de las divinas Escrituras y de los Santos Padres, lengua única que puede expresar las ideas modernas de la Iglesia y de la sociedad. Nosotros insistimos en creer y afirmar que, en donde quiera los autores paganos se emplearen solos en la enseñanza clásica, el latín y el griego serán necesariamente lenguas muertas. El mismo P. Daniel lo dice implícitamente cuando exclama, pág. 304: «que es menester comenzar por restituir al latín todo el terreno que ha perdido desde los siglos xvi y xvii, es decir, desde el Renacimiento. El latín era la lengua del mundo sabio, la lengua del clero, de la magistratura, y algunas veces de los príncipes y guerreros,» gracias á la liturgia romana, cuya influencia ha sido incomparablemente mayor que la de Cicerón y Virgilio.

Hemos llegado al capítulo principal del R. P. Daniel, el décimo y último capítulo: HAY ALGO QUE HACER. Nótese bien desde luego: para el P. Daniel esta no es una conclusión que él saca, sino una objeción á la que responde, un reproche del que se defiende, pág. 345: «Esta concesión á la que se nos invita no deja de tener sus inconvenientes; pues nos recuerda la famosa teoría de Sieyes: ¿Qué pide el tercer estado? ¿poder ser algo? ¿Conoceis bien qué cosa era este algo de Sieyes? El algo de nuestros contradictores podría encubrir también intenciones revolucionarias. Los clásicos cristianos no eran nada y deberán serlo todo. ¿No es esta su tesis?» Pág. 346: «Nosotros, dice, debemos conservar la enseñanza de los clásicos... Incontestablemente son los que han hablado con más pureza el griego y el latín.» Hay una edad para las lenguas como para los hombres; ellas suben de la infancia á la virilidad para descender á la decrepitud y vejez «El latín clásico es

el latín en su pureza primitiva.» Detenerse en los escrúpulos de la edad y de la pureza de estilo es moverse sobre la punta de una aguja y sacrificar lo accesorio á lo principal. Felizmente la cuestión ha adelantado, la gran mayoría de autoridades competentes y de maestros del campo se ha convencido de que hay mucho que hacer; conviene que el P. Daniel y sus colegas se dejen llevar de la corriente; esto es lo que resultará de lo que nos queda por decir aún.

El P. Daniel nos remite frecuentemente al pequeño volumen *Del Cristianismo y del paganismo en la enseñanza*, que el P. de Valroger ha escrito casi con el mismo objeto; he querido también leerlo de nuevo para que no se me pudiese echar en cara que no he estudiado bastante esta grave cuestión, y nada he encontrado en él que pueda hacerme abandonar mis profundas convicciones; solamente me he asegurado de que el sabio religioso está muy lejos de participar de las mismas. Hé aquí á qué se reducen sus argumentos, pág. 19: «A los paganos vivos y no al texto muerto de los libros griegos y latinos, hay que atribuir las tendencias paganas de nuestra juventud ilustrada... Los libros no ocupan sino un lugar secundario, y los clásicos latinos son de todos, los que tienen menos importancia.» Pág. 20: «Se puede ser pagano, racionalista ó escéptico burlándose de la mitología pagana... Para admirar la poesía bíblica, la elocuencia de los Padres... no es necesario creer en Dios...» Pág. 81: «Desde tres siglos al menos los grandes escritores de la antigüedad pagana se han usado casi solos para la enseñanza del griego y latín en nuestras escuelas más cristianas... Nada obliga á creer que el método adoptado es el mejor *para todos los casos y tiempos*, pero sería temerario y altamente injusto condenarlo como *esencialmente* funesto y pagano...» Pág. 87: «El texto muerto de los libros griegos y latinos no es casi nada; los maestros y los discípulos lo son casi todo.» Pág. 93: «Sirviéndose únicamente de los clásicos paganos en la

enseñanza del griego y latín, quedan aún muchísimos medios para iniciar á los jóvenes en el conocimiento de las obras maestras literarias inspiradas por el cristianismo...» Pág. 108: «Con libros exclusivamente cristianos, la educación y enseñanza clásica podrían tener un carácter *profundamente pagano*. Bastaría para esto que los maestros encargados de explicar los clásicos cristianos se mostrasen habitualmente paganos en su lenguaje ó solamente en su conducta... Se puede ser del todo pagano burlándose de la idolatría griega y romana.» Pág. 155: «No sin viva inquietud veríamos que la explicación de nuestros libros sagrados y de nuestros santos doctores llegase á ser en nuestras escuelas el primero y el principal medio de aprender el latín y griego... Ninguna edad es más burlesca que la infancia, y nadie puede menos que ella resistir á la influencia de la chanza.» Pág. 162: «El latín cristiano no es esencialmente ni pagano, ni cristiano, y enseñarlo á niños no será jamás, por más que se diga, enseñarles á vivir y pensar bien.» Pág. 170, hablando en una nota de la costumbre introducida en algunos colegios de la universidad de hacer aprender de memoria algunos versículos de la Vulgata, el P. de Valroger añade: «La religión no ha perdido nada en la apariencia con la supresión de esta costumbre que provocaba mayores blasfemias que piadosas reflexiones.» Es ir muy lejos, pero mucho más es aún conocer la profundidad del mal de la enseñanza pagana. Pág. 181: «La gloria de la Iglesia no es hacer inútiles las obras maestras del genio de la antigüedad, sino enseñar á usarlas bien y darles, purificándolas y completándolas, una fecundidad que no tienen.» El consejo evidentemente no puede aplicarse sino á las clases superiores ó á los estudios que siguen la enseñanza clásica. Pág. 185: «Una sola página de los clásicos cristianos piadosamente meditada en un traducción francesa, tendrá para los niños más utilidad que cien páginas de texto latín ó griego, traducidas penosamente en forma de ejercicio gramatical ó de estudios poéticos ú oratorios.» Página 189: «El estudio de los grandes escritores latinos ó grie-

gos inspirados por el cristianismo merece ocupar un lugar de honor en todos los grados de la enseñanza literaria... Pero nosotros pedimos que no se haga jamás un medio habitual ó comun de aprender el latín y griego.» Página 203: «Hacer de nuestros libros santos un medio habitual y ordinario de aprender el latín y griego sería á nuestros ojos una imprudencia y una profanación.» El R. P. de Valroger se resume á sí mismo en estos términos, página 168: «Si yo tuviese el honor de dirigir los estudios de un pequeño seminario: 1.º conservaría, *en todas las clases*, los grandes clásicos paganos, y quisiera que los penosos ejercicios de traducción necesarios para enseñar bien, sea el griego, sea el latín; continuasen haciéndose *exclusivamente* sobre estos autores; 2.º escogería entre los nuevos clásicos de Mgr. Gaume lo que encierran de más bello y útil en el fondo... de más correcto y elegante en la forma... Emplearía estos *trozos escogidos*, no para la enseñanza gramatical de las lenguas antiguas, sino para la instrucción religiosa y la elevada educación literaria.»

En realidad, para el R. P. de Valroger, como para el R. P. Daniel, no hay nada que hacer. He analizado fielmente el volumen, y este análisis prueba que verdaderamente no ha opuesto á Mgr. Gaume argumentos serios y sólidos. Con pesar lo digo, me parece que no ha entrado en el fondo de la cuestión, ó que no la ha comprendido. Desde el momento en que conviene con Mr. Foisset, pág. 213, en que «la Universidad en que los clásicos paganos dominan como señores desatiende el latín desde veinte años,» como lo reconocen todos los hombres competentes y como nosotros lo hemos probado superabundantemente, no ha de tener inconveniente, al contrario será una gran ventaja el cambiar de método. No dudo, pues, en concluir que conviene en las clases inferiores abandonar el exclusivo empleo de los clásicos paganos, para dar lugar á los clásicos cristianos que, por lo mismo que las ideas que desenvuelven son más familiares á los alumnos, y que la lengua en que las ideas están expresadas son las de los

libros litúrgicos puestos en sus manos desde la infancia, están más naturalmente llamados á ser el texto de las explicaciones y traducciones diarias, facilitando en una proporcion enorme la enseñanza de las lenguas latina y griega. No puede tratarse entonces de desarrollar ni aun de despertar el gusto literario; se trata únicamente de familiarizarse con dos lenguas, que tendrían casi el derecho de contarse entre las lenguas vivas. Cuando se sepan bastante el latin y griego para comprender casi á la primera lectura las obras maestras de la antigüedad pagana, su explicacion, sin peligro entonces, producirá los frutos de cultura de espíritu y de depuracion del gusto que se puede y debe esperar. La educacion é instruccion se completarán ó se acabarán por la lectura razonada de los grandes clásicos franceses, literatura, filosofía, historia, etc., á la cual el P. Valroger da con razon tanta importancia. Entonces todo quedará conciliado, el órden será restablecido, y el Cristianismo escapará á esta dolorosa afrenta de ser despues de diez y ocho siglos la enseñanza de sus escuelas exclusivamente ó principalmente pagana.

II.—CONSULTA DE MGR. BAILLARGEON, *Obispo de Tloa, administrador de la diócesis de Quebec*, 14 de mayo de 1867.

«He pedido á la congregacion de la Inquisicion y del Santo Oficio, si el uso exclusivo de los autores paganos, tal como se observa en los institutos de Roma, en la mayor parte de los seminarios y colegios del mundo católico, y en particular en nuestro seminario diocesano, á donde he remitido al mismo tiempo el programa de los estudios; si este uso no es más que tolerado por la Iglesia, y si ella lo tolera á causa de la mucha dificultad que habria en hacerlo desaparecer; si en los Concilios de Letran y de Trento, en la Encíclica *Inter multiplices* y otros documentos auténticos, la Iglesia ha querido que los escritos de los Santos Padres tuviesen más ancho lugar en los estudios clásicos; y si en particular hay que entender la

segunda parte de la 7.^a regla del *Index* en el sentido de que ella prohíbe á los niños la lectura de los autores paganos; si el estudio de los clásicos gentiles, tal como se acostumbra en nuestros colegios, viene por su naturaleza á inculcar el paganismo en el espíritu de los jóvenes, á poner en peligro su fe y costumbres, á hacer escépticos é incrédulos, y si en fin este estudio es realmente una de las causas de todos los males que hoy amenazan á la sociedad, como se ha querido pretender, de modo que uno de los medios de salud para la sociedad cristiana sería dejar de enseñar los clásicos paganos, á lo menos en las clases inferiores.»

Respuesta del Cardenal Patrizzi. «Segun la carta que me escribisteis el pasado año, los Emos. Cardenales que conmigo están encargados de la Santa Inquisicion, han sabido con gran disgusto que en vuestra diócesis se han levantado graves discusiones, sobre todo entre los eclesiásticos, que aun hoy dia agitaban los ánimos, porque en la enseñanza de las humanidades, tanto en vuestro seminario diocesano, como en los demás colegios en [que estudian los niños y los jóvenes, y que están sujetos á vuestra inspeccion y autoridad, se explican los autores paganos, aunque sean expurgados. Por cierto estos eclesiásticos no han de creer que sea necesario dejar aparte estos libros en la enseñanza literaria, ni demostrarse respecto de esto tan inquietos y alarmados. El asunto ha sido examinado y ha recibido la sancion que da un uso constante y antiguo: *los jóvenes levitas pueden sin ningun peligro aprender muy bien el arte de hablar y escribir correcta y elegantemente, tanto en las obras eminentemente sábias de los Santos Padres, como en los autores paganos mas célebres, purificados del todo.* Esto no es solamente tolerado por la Iglesia, sí que tambien del todo permitido, como nuestro Santo Padre el Papa Pio IX lo ha declarado expresamente en su carta encíclica á los Obispos de Francia, en fecha de 31 de marzo de 1854. Desde el momento, pues, que los libros paganos, ya griegos, ya latinos, que se emplean en el se-

minario y colegios mencionados arriba, no son de los que tratan de cosas lascivas ú obscenas, que las refieren ó enseñan, y que además han sido purificados de todo lunar con el mayor cuidado posible, como vos mismo de ello dais buena garantía, no hay por cierto nada que se pueda razonablemente censurar en el uso de libros semejantes.»

Se notará. 1.º que el eminente Cardenal no responde directamente á la cuestión primera y capital: «Si el uso casi exclusivo de los autores paganos, tal como se practica en los grandes Institutos de Roma, en la mayor parte de los seminarios y colegios del mundo católico, no es más que tolerado por la Iglesia, y si ella lo tolera por razon de la gran dificultad que hay para hacerlos desaparecer: el Cardenal responde solamente que el uso de los clásicos paganos perfectamente expurgados está permitido. Mas los clásicos de los seminarios y colegios del Canadá son los de la casa editorial Hachette; luego ninguno de estos clásicos, ni Virgilio, ni Horacio, ni Ciceron, ni Salustio, ni Fedro, ni Cornelio Nepote, etc., están perfectamente expurgados.

2.º El cardenal Patrizzi coloca las obras eminentemente sábias de los Santos Padres al lado de las de los autores paganos más célebres, y declara, como resultado que ha recibido la sancion de un uso constante y antiguo, que los jóvenes clérigos pueden sin ningun peligro aprender en unos como en otros el arte de escribir con elegancia.

3.º Los establecimientos de instruccion y educacion en los cuales, como decia Mgr. el Obispo de Tloa del seminario y de los colegios del Canadá, se hace empleo casi exclusivo de los autores paganos, son evidentemente menos conformes á la letra y espíritu de la respuesta del cardenal Patrizzi, quien pone en el primer lugar á los autores cristianos, de suerte que, si fuese verdad que esta decision fuera definitiva y que se le pudiese aplicar el gran proverbio, *Roma locuta est, causa finita est*, la causa estaria juzgada claramente á favor de los que, como nos-

otros con Mgr. Gaume, se limitan á pedir: 1.º el expurgo más severo ó perfecto, en cuanto fuese posible, de los autores paganos; 2.º la introduccion más amplia de los autores cristianos; 3.º la enseñanza cristiana de los mismos autores paganos, si no hay contradiccion en los términos. Decimos si esto es posible, porque los autores paganos son esencialmente impuros, ó á lo menos esencialmente paganos y esencialmente republicanos. Un escritor, que no podrá ser sospechoso, Mercier, el autor del *Cuadro de París*, de quien se ha dicho que pensaba por la calle y escribia en la esquina, no ha dudado en decir en una hora de buen sentido, libro 1, c. LXXX: «Es cierto que del estudio de la lengua latina se saca algun gusto por las repúblicas antiguas, y que se quisiera resucitar aquello cuya grande y vasta historia se lee: es cierto que oyendo hablar del Senado, de la libertad, de la majestad del pueblo romano, de sus victorias, de la justa muerte de César, del puñal de Caton, que no pudo sobrevivir á la destruccion de las leyes, se siente pena por salir de Roma y no encontrarse uno habitante de la calle de los Nogales. Sin embargo, es en una monarquía donde se entretiene á los jóvenes con ideas tan peregrinas, que deben perder y olvidar muy pronto por su seguridad, su posicion y sosiego; y es un rey absoluto, quien paga los profesores para explicarnos gravemente todas estas elocuentes declamaciones lanzadas contra el poder de los reyes; de suerte que un alumno de la antigua universidad de París. cuando se encuentra en Versalles y que tiene un poco de buen sentido, sueña á su pesar en Tarquino, en Bruto, en todos los fieros enemigos de la realeza. Entonces su pobre cabeza ño sabe ya en dónde está; es uno que ha nacido loco ó esclavo, y necesita tiempo para familiarizarse con un país, que no tiene tribunos, ni decemviros, ni senadores, ni cónsules.»

III.—DISCURSO DE MGR. FREPPEL, Obispo de Angers, sobre la urgencia de la reforma de los estudios y la necesidad del

uso de los autores cristianos en la enseñanza clásica, pronunciado el 13 de julio de 1874, en la distribución de premios del pequeño seminario de Beaupreau (Extracto).—«Admito de buena gana que una parte de nuestra niñez se pase desembrollando el caos de la mitología griega, por más singular que pueda parecer la importancia que se da á las aventuras de los dioses del Olimpo. ¿Pero no es extraño que la juventud cristiana salga de nuestros institutos, ignorando casi completamente la Santa Escritura, la historia de la Iglesia, las obras de los Padres, toda esta gran literatura con todo lo que tiene de luz y superioridad moral? No me opongo, si se quiere, absolutamente á que se nos haga admirar á los dos Brutos, á Harmodio, á Aristogiton y otros personajes semejantes de la antigüedad griega ó latina, aunque no esté interesado en ello el orden público; pero los Apóstoles, estos intrépidos misioneros de la verdad en el mundo; los Mártires, estos heróicos campeones de la libertad de las almas; los Padres de la Iglesia, estos nobles representantes de la ciencia y santidad reunidas, ¿no son figuras que debieran colocarse continuamente ante los ojos de la niñez, como tipos los más puros y elevados de abnegacion, de fortaleza, de magnanimidad? Por lo menos hay en nuestro sistema de educacion moderna un gran vacío, que todo espíritu serio ha de reconocer y confesar. Ante todo, ni nuestros hábitos, ni nuestras creencias, ni las condiciones de nuestro estado doméstico, civil ó social, nos ponen en comunicacion de ideas con los griegos y romanos. Si nuestra lengua recuerda la suya bajo muchos conceptos (y yo lo reconozco buenamente), nuestra civilizacion, hija del Cristianismo, es del todo diferente. ¿De dónde arranca nuestra civilizacion? Del Evangelio explicado y comentado por los Padres... En sus escritos hay que buscar, como en fuente siempre pura y fecunda, las ideas de derecho, de justicia, de responsabilidad personal; los sentimientos de amor recíproco, de fraternidad, de pureza y delicadeza moral, que han constituido la familia, el Estado y la sociedad

moderna. Pasar por alto estas fuentes de enseñanza, mientras no se deja ignorar á la juventud cristiana ninguna de las aventuras de Júpiter ó Apolo, verdaderamente son estas exageraciones que no pueden subsistir ante la sana apreciacion de las cosas.

«...Los autores cristianos no tienen, se dice, la elegancia y correccion de los escritores del paganismo; vivieron ellos en una época de decadencia literaria, llevaron en sus obras esta alteracion del gusto y de la lengua. La respuesta es fácil; dejad sus defectos para tomar sus buenas cualidades; y por otra parte no exageremos esta inferioridad relativa. Un sabio que llegara á escribir el griego como san Basilio ó el Crisóstomo, seria por cierto el primer helenista de la época, y los literatos de todas las universidades del mundo temblarian delante quien hubiere aprendido á manejar la lengua tan bien como Lactancio y san Jerónimo... Hay que convenir en que no damos á la literatura eclesiástica una parte bastante amplia en la instruccion de la juventud. Esta, pues, es materia susceptible de mejoras, porque la tan importante cuestion de la reparticion de los autores cristianos ó gentiles en la enseñanza clásica merece la atencion de todo aquel que se interesa, no digo, solamente por la religion y la moral, sí que tambien por los adelantos de la filología y bellas letras.

«El Consejo superior de Instruccion pública no ha vacilado en entrar por este camino. El año último los Padres de la Iglesia tomaban lugar por primera vez en el programa de la licenciatura de letras. En el año próximo el estudio de los Padres griegos en tercer curso y de los Padres latinos en el segundo, será obligatorio para todos los establecimientos de pública instruccion. Nosotros nos apresuraremos á dar á la literatura cristiana mucho mayor espacio que en los pasados tiempos.»

IV.—*Breve de Su Santidad Pio IX á Mgr. Gauvre en 19 de Marzo de 1774.*—«Amado hijo... que las oposiciones y